



**CUERVOS
BLANCOS
PALOMAS
NEGRAS**

antonio guisado

CUERVOS BLANCOS

PALOMAS NEGRAS

©Antonio Guisado

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A Ellas, y a las tres de mi vida: la del Incondicional, la del Correspondido, y la del Infinito.

Y que nos tomen por locos.

Antonio Guisado

Sevilla, Enero 2020.

PRIMERA PARTE

EL EFECTO DOMINÓ

I

Es curioso, las cosas se complican de la manera más simple... y yo tenía un amigo que trabajaba en un bar.

Pues de esta manera —la simple, aunque igual se me comlica un poco todo, como la historia, que tampoco soy yo escritor ni nada de eso —intentaré desgranarles los hechos. Como una de esas alfombras rojas que se desenrollan para pintar un camino de quita y pon, así intentaré yo contarles a ustedes todo, desde el principio, con ese primer tirón cuando echa a rodar y coge inercia, hasta el final.

Supongo que si en todo debe haber un principio, aquella tarde podría ser el mejor de todos los que se me ocurren para lo que viene a continuación; aquella tarde echamos a rodar nuestra alfombra sin duda, sí señor.

Sí, definitivamente no hacía falta más que el recuerdo de un amigo en un bar para echarla a rodar. Simple.

Pasaban las seis de la tarde de un aciago viernes de diciembre. Había terminado mis obligaciones laborales algo más temprano que de costumbre, y me hallaba medianamente cerca de Mario, antiguo compañero de estudios que se ganaba la vida tras la barra de un bar de barrio, en una zona digamos humilde de la ciudad. Situado casi en la periferia, no era una zona conflictiva en exceso, pero sí lindaba con barrios que lo eran por naturaleza. Era una especie de frontera con las zonas marginales que hay en toda urbe que se precie de serlo.

Total, que me acordé de Mario y decidí acercarme a verlo y hacerle una visita rápida antes de volver a casa. Giré a la derecha con el coche mientras lo pensaba e hice un cambio de sentido en una rotonda regulada con semáforos para enfilar hacia el sur la avenida que llevaba hasta el bar, ubicado a algo más de quinientos, quizá setecientos metros

en línea recta en la misma acera que ahora me quedaba a la derecha. Sabía que en la zona era difícil encontrar aparcamiento, y además últimamente el ayuntamiento se había dedicado a reestructurar algunas de las avenidas de la ciudad, buscando ampliar la capacidad para el tráfico rodado, y esto se había traducido en que habían desaparecido en muchas de estas calles los reservados laterales para estacionamiento, siendo sustituidos por carriles adicionales para la circulación. A veces funcionaba, a veces no, pues la mayoría de las veces este nuevo carril se hallaba ocupado por camiones estacionados, furgonetas de reparto que suministraban su mercancía a los comerciantes, o coches particulares que por una u otra razón habían aparcado enchufando los cuatro intermitentes —esto para muchos es como el ibuprofeno: creen que vale para todo—, lo que en la práctica hacía impracticable la circulación. Resultado: los mismos carriles hábiles para circular que antes de las reformas, y menos aparcamiento en la zona. Pero esa es otra historia.

Previendo la falta de aparcamiento, giré a la derecha unos doscientos metros antes de llegar al bar, introduciéndome por una de las bocacalles de la avenida, traspasando a su vez esa frontera invisible que separa una zona conflictiva de otra peligrosa. Aunque para ser exactos el peligro real no se emplazaba hasta adentrado unos trescientos metros más hacia el sur.

Mi objetivo no era otro que recorrer un par de calles adyacentes y dar una vuelta a las manzanas colindantes, con la intención de aparcar lo más cerca posible de la avenida y el bar. Resultó que por la configuración arquitectónica y sentido del tráfico de las estrechas callejuelas, me vi obligado a dar más de tres y cuatro giros de volante mientras me acordaba de la pobre madre del concejal de urbanismo; lástima tener un hijo con cuernos. Cuando ya comenzaba a impacientarme como para subir de nivel, giro tras giro por exiguas calles sin posibilidad de aparcar y temiendo estar alejándome más de lo previsto de la avenida

principal, vine a salir a un pequeño descampado donde reposaban aparcados tres largos camiones de carga, junto a algún que otro coche diseminado sin orden aparente. Había llovido un par de días antes y en el albero —barro reseco sería más apropiado— que dominaba la superficie del terreno se apreciaban aún algunos charcos dispersos, con lo que buscando evitar ensuciar el coche más de lo necesario, pude al final encontrar aparcamiento junto a la acera de la calle que lindaba con el descampado por el lado norte.

Tras apagar el motor, miré a mi alrededor para inspeccionar la zona, y en un cálculo rápido, interesado y a todas luces parcial, no me pareció demasiado arriesgado dejar el vehículo allí estacionado. Cruzando la calle donde me encontraba en ese momento, a unos metros, había varios comercios abiertos y un par de bares bastante animados, así que, aún un poco despistado geográficamente y sin saber exactamente dónde estaba, me supuse ubicado a un par de calles de la avenida principal, la que ya reconocería y bajaría caminando hacia el bar. Pensando todavía indeciso, por un instante dudé si volver a montarme en el coche y enfilarse hacia mi casa, dejando el encuentro con Mario para otro día. Pero fue sólo un instante. Una vez solucionado el problema del aparcamiento, me veía tomando una copa, *gin tonic* por ejemplo, con mi amigo, charlando animadamente un rato de temas sin importancia después de la semana de trabajo. Y eso me convenció.

Ni se imaginan las veces que he recordado ese instante; ni se imaginan.

El coche reposaba en un descampado abierto y visible, nada de calles estrechas y escondidas, y en una vía con vida y transitada. Andando.

Anduve durante unos minutos más de lo previsto por callejuelas desconocidas, hasta finalmente dar a parar a la avenida principal casi por sorpresa, en la que me ubiqué aliviado, bajando hacia el sur unos centenares de pasos hasta llegar a la esquina fachada del bar. Metros antes de

llegar vi a Mario introducirse en él tras recoger unos vasos que reposaban abandonados y vacíos en una de las mesas situadas en la acera, dejando la distancia justa entre estas y el bar para que los transeúntes pudieran desfilar libremente arriba y abajo. Di un corto silbido para avisarlo, pero Mario no pareció percatarse y lo perdí de vista en el bar.

—A la paz de Dios, hermano —solté a media voz tras dos pasos dados en el interior del establecimiento, viendo con una rápida mirada que este se encontraba vacío. Mario estaba de espaldas enfrascado en lo que parecía la limpieza de la máquina de café.

—Dios no existe, crédulo —respondió una voz a mi espalda. Jo, qué susto más tonto.

Antes de volverme y disimulando el respingo ya sabía que la voz pertenecía a Julio, otro común amigo que sacaba tabaco de la máquina cuando yo entraba en el bar. Precisamente por eso me pasó inadvertido al entrar, pues la máquina se encontraba situada tras hoja de la puerta, a la entrada.

—Es muy probable —dije—, pero no lo digas muy alto, que como se entere la gente vamos a durar todos menos que un chicle con sabor.

—Acaba de entrar y ya está diciendo tonterías —soltó Mario desde la barra, sin volverse—. ¿Qué haces por aquí?

—Pues qué voy a hacer. Tomarme una copita con un amigo, o dos.

—¿Dos copitas o dos amigos? —inquirió Julio bajo el marco de la puerta, un pitillo en la comisura de los labios, las manos rebuscando en los bolsillos.

—Hoy estoy generoso y además es viernes. Que sean dos y dos. De momento.

Así, sin pensarlo demasiado, acabamos invitándonos Julio y yo a unas copas respectivamente, por eso de que invitadas saben mejor. Quizá estaríamos así un par de horas, mientras Mario se nos unía de manera intermitente a la vez que atendía a los clientes que iban y venían por el bar.

Ya en la tercera hora, y al tercer o cuarto *gin tonic*, —calculo a ojo, que no llevaba la cuenta, —se nos unió Mario de pleno derecho con una copa en la mano tras entrecerrar la cancela del bar, vetando así la entrada al público en general. Y nos dieron las diez.

Hablamos un poco de todo, y en conjunto de nada. Política, trabajo, mujeres, fútbol, amigos... Tres horas dan para eso y más. Nos interrumpió una llamada al móvil de Julio, que ya esa tarde había salido de su casa con premeditación y alevosía, y había quedado con otro par de conocidos mutuos en un célebre bar del centro para cenar, aunque hasta aquel instante se lo había callado, y mira que llevábamos hablado ya. Cosas de Julio.

—Sí, sí, vamos para allá —le oímos pronunciar Mario y yo, a la vez que nos hacía señas con la manos. Julio era mucho de gesticular. Cuando hablaba por teléfono se le iba de las manos y parecía un guardia de tráfico.

—¿Dónde? —dije al verlo colgar—. ¿Y con quién?

—Al centro, con Andrés y el Choco. Habrá que comer algo, ¿no?

—No sé, yo venía a tomar una copita tranquila y para casa. Había quedado con Marta. —La verdad es que mientras hablaba ya sabía que acabaría yendo al centro y Marta sería un problema para mañana. Los *gin tonics* no habían sido en balde.

—¿Una copita? Ja, pues se te ha ido de las manos. Tú ya no quedas con nadie —dijo Mario. Nos vamos los tres al centro, comemos algo, damos una vuelta por ahí los cinco, y mañana será otro día. Total, yo también había quedado con Ana, pero todos los días no se da la oportunidad

de salir un rato los cinco. Llama a Marta, que yo llamo a Ana.

—Hay que ser torpe para echarse novia —sentenció Julio—. Esta noche al menos, comportaos como dos personas decentes y acompañad a tres amigos en una incursión nocturna. A la primera invito yo.

—Termino de recoger un par de cosas y nos vamos —dijo Mario mientras depositaba su vaso vacío en el fregadero—. ¿Tú cómo has venido, Julio?

—Me dejó un compañero en la puerta.

—Yo tengo el coche aparcado a un par de calles —apostillé, aunque nadie me había preguntado.

—Yo tengo la moto en la puerta —respondió Mario. Nos montamos los tres en la moto un momento, nos acercamos a tu coche, lo cogéis, me seguís hasta la comisaría que está aquí cerca para que deje la moto protegida esta noche y no me desaparezca, y nos vamos los tres al centro en tu coche —dijo Mario mirándome—. Ya mañana volveré yo por la moto cuando me levante.

—¿Cómo que los tres en la moto? —protesté.

—Dices que tienes el coche a un par de calles, y a estas horas ya no hay apenas tráfico en estas de detrás. Venga, será un momento. No vais a ir andando y yo cargando con la moto como si fuera robada.

—Ni de coña me monto en el trasto ese con los dos. Seguro que me toca montarme en medio —terció Julio—. Metes la moto en el bar, cogemos un taxi, y después a la vuelta igual hasta aquí y cada uno para su casa. O eso o nos llevas por turnos.

—¿Tengo cara de mensajero? —Mario a veces podía ser desagradable si se lo proponía; y sin proponérselo. Tenía sus momentos.

—Pues vamos, cierra ya, que nos esperan en el centro —sentenció Julio de nuevo, toreando la pregunta. Julio

era un artista para eso. Tenía capote para todo.

II

¿He contado que estábamos en Sevilla? Pues sí, en Sevilla. Aún rumiando mis reservas por dejar el coche en el descampado, me dejé llevar y optamos por seguir el plan de Julio. Los *gin tonics* relajan las inquietudes. Sin comerlo ni beberlo en quince minutos el taxi nos dejó en la Plaza Nueva. Bueno, beberlo no es literal. Algo llevábamos encima. Pero me entienden ¿no?

Corrían los primeros días de diciembre, creo que ya lo dije. Fechas prenavideñas. La Navidad cambia las ciudades y la gente. La ciudad estaba engalanada, todo luces y adornos ya. El centro se llena de gente y turistas deambulando arriba y abajo a todas horas. Es fácil reconocer a los turistas en cualquier parte del mundo: basta con fijarse en los que van mirando hacia arriba mientras andan. No sé qué buscan, ahí arriba, pero es así. Pueden comprobarlo.

—¿Dónde has quedado Julio? —pregunté.

—Ahí cerca. En La Marrana. —La Marrana era un bar de moda, como tantos otros, remodelado al estilo que se llevaba; algo así a medio camino entre galería de arte, jardín botánico y museo donde te dan de comer; de esos que adornan las tapas de toda la vida echándole un chorrito de miel o algo dulce encima, te las sirven en platos sobredimensionados y reducen el contenido para subir un cincuenta por ciento el precio. Alguien tiene que pagar la decoración. No me malinterpreten, no estaba mal. En el nombre se habían lucido, desde luego, pero en el tema culinario es sólo que no me gusta demasiado la moda de mezclar lo dulce con la carne. Vamos, no me gusta nada. En La Marrana echaban la miel con manguera a todo, pero me abstuve de soltar el comentario. Total, no tenía ya remedio. Me retrasé un par de pasos camino al restaurante, Julio y Mario abriendo la marcha, con la intención de llamar a Marta y ex-

cusarme, pero a última hora lo pensé mejor —o peor —y troqué la llamada por un par de wasaps; mejor así. Misión cumplida: rápido y efectivo.

En cinco minutos nos habíamos cruzado la avenida de La Constitución, bordeado la plaza de San Francisco, e internado en la calle Hernando Colón, donde estaba nuestro objetivo. Podríamos haber llegado en dos, pero avanzar por un manglar en chanclas a la pata coja hubiera sido más fácil que aquel viernes de diciembre atravesar el centro de Sevilla. Es lo que tiene la Navidad en las grandes ciudades: cambia la polaridad en la gente, y en lugar de repelerse se atraen unos a otros sin que nadie se dé cuenta. Me incluyo, por supuesto. Allí estaba yo también, con mis propias motivaciones, que hacía dos meses que no pisaba el centro. En general no me gustan las aglomeraciones; pero un día es un día, y por cenar y tomar algo con unos amigos se pueden hacer excepciones. Y hasta se inventan.

III

Si las calles estaban llenas de gente, creo que era porque La Marrana las estaba vomitando por empacho. La puerta parecía una manifestación, entre unos que salían a fumar y otros que esperaban para entrar. En estos casos además tengo una teoría. Cuanto más gente haya esperando mesa para sentarse, más tardan los que están sentados en levantarse, aunque ya hayan terminado y hasta pagado hace rato, como regocijándose en un baño de pavoneo, disfrutando de su público. Saben que en cuanto se levanten se esfuman para todos. Esta regla vale también para cuando estás esperando que salga uno del aparcamiento para ocuparlo tú; como el tío se dé cuenta de que otro está esperando para ocupar *su sitio*, estás perdido. Desaparece la luz blanca de marcha atrás y todo. Algunos hasta salen del coche a quitarse la chaqueta o algo, como diciendo «me voy porque quiero, que aquí mando yo, ¿eh? Prisa ninguna».

Por suerte Andrés nos había avisado por wasap de que ya estaban instalados en una mesa. En el taxi habíamos inaugurado un grupo para los cinco. ¡Será por grupos! Pidiendo paso como un grupo, esta vez de rock, que sube al escenario cruzando el aforo, entramos desplegando el rechineo al máximo que pudimos y cruzamos la barra que se desplegaba a la izquierda, donde el centímetro se pagaba a millón, para pasar al comedor, donde sentados en la mejor mesa del local —Andrés era un artista para conseguir estas cosas, no sé cómo lo hacía, —instalada a lo largo de un anexo que se abría al fondo y dándole un toque de reservado respecto a las demás mesas que compartían el comedor diseminadas, sillas de unas entrechocando con las opuestas, estaban los dos, cervezas mediante, esperándonos. Y como sorpresa un detalle no exento de importancia que se habían guardado como un cura una confesión: no